

LITERATURA

Henry James: el otro maestro de la sospecha



ANA LLURBA

En 1895, al finalizar la representación de *Guy Domville*, un drama de re-dención social que fue su primera obra llevada a los escenarios (dicen que por la envidia que tenía a la popula-

ridad de Oscar Wilde en este género), los abucheos y las críticas del público hicieron que no volviera a intentarlo. Este fracaso, si no el único, fue el más estrepitoso de la amplia carrera de este severo y exigente grafómano. Aparece novelado en *¡El autor, el autor!* (2006), de David Lodge, y es un incidente central en el cuarto volumen de *The Treacherous Years: 1895-1901*, la exhaustiva biografía de Leon Edel.

2. Nunca se casó; se dice que fue otro típico gay "closeteado" por su época —aspecto omnipresente en la novela *The Master. Retrato del novelista adulto* (2004), de Colm Tóibín—, que idealizaba a sus personajes femeninos como lo hizo en esa respuesta a *Madame Bovary* (1856) que es *Retrato de una dama* (1880-1881), la novela que inició el ciclo de la madurez de su estilo y cuya protagonista, Isabel Archer, fue inspirada por su inquieta e inteligente prima Minny Temple, quien murió de tuberculosis a una edad temprana, poco antes de hacer realidad su anhelo de acompañar a su estimado primo por Europa.

3. Dicen que conversaba usando frases largas, como dejó registrado su gran amiga Edith Wharton, otra carismática e ingeniosa escritora, dedicada a documentar en la ficción la vida de los puritanos estadounidenses que se desmelenaban por las capitales de la vieja Europa. Ese territorio de inabarcable sofisticación y complejidad sedujo a James, un reconocido expatriado americano que obtuvo la ciudadanía inglesa poco antes de morir en 1916, a manera de un reproche a Estados Unidos por su neutralidad en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en su obra vislumbró las señales de que la mo-



dernidad, aunque de forma precipitada e imprevisible, se abriría camino inexorablemente antes en la tierra que lo vio nacer que en su admirado viejo continente.

4. Henry James nació en 1843 en Nueva York. Perteneció a un entorno adinerado gracias a un abuelo pionero y emprendedor que amasó una de las fortunas más importantes de su época. Su familia le brindó una formación ecléctica y cosmopolita: su padre fue teólogo y pensador social, y su hermano mayor era William James, notable filósofo y teórico del emergente terreno de la psicología en el siglo XIX.

5. *Otra vuelta de tuerca* (1898), su obra más popular junto con *Daisy Miller* (1878) y *Retrato de una dama*, fue escrita como una concesión comercial a un género popular que le interesaba poco, las historias de fantasmas. La ambigua historia de una institutriz a cargo de dos huérfanos está contada con penetración psicológica a la vez que conserva las cualidades superficiales de la narración sensacionalista. Sin embargo, allí plasmó con claridad algo que lo distinguió de sus contemporáneos: el proceso perceptivo de combinar evidencias y conjeturas en la voz narradora para demostrar la eficacia narrativa del recurso del punto de vista en la ficción, dando lugar a una narrador "no fiable" que se consolidaría a lo largo del siglo siguiente.

6. Según uno de sus más eminentes editores en castellano, Luis Magrinyà, de la editorial Alba, Henry James "siempre es inspirador. Y, ojo, es decididamente nuestro contemporáneo". Por eso, con motivo del centenario de su muerte, Alba reeditará novelas muy emblemáticas como *Los papeles de Aspern* (1888) o *El americano* (1877), y también algunas de las menos conocidas, como *El eco* (1888). Por otro lado, publicará una nueva traducción de *Las alas de la paloma*. Según Pere Sureda, de la editorial Navona, James "es el puente indiscutible entre la narrativa del siglo XIX y el siglo XX. Eso se observa claramente en *La copa dorada*", de 1904. A esto podemos sumar la opinión de Jaume Bofill, de Penguin Clásicos, quien afirma que su relevancia no solo es histórica, ya que "tiene recursos y sorpresas que los lectores de hoy siguen percibiendo como novedosos, y que asimismo aún ponen en práctica, por ejemplo, los guionistas de cine o televisión". Con motivo del centenario, esta editorial está preparando un grueso volu-

men de relatos que se titulará *Fantasma* y que se abrirá con las célebres introducciones que hizo Leon Edel (su mayor especialista y editor en el siglo XX) a los cuentos de fantasmas. Finalmente, Luis Solano, de Libros del Asteroide, ha publicado una nueva traducción de *The Turn of the Screw* (1898), con el título *La vuelta del torno*, que según este editor “es uno de los textos más difíciles de James, seguramente uno de sus libros en los que más decisivo es su peculiar estilo [...] La elección es más bien del traductor, Carlos Manzano, que lleva toda una vida obsesionado con ese texto de James y diez años trabajando en su traducción junto a Alejandra Devoto y Jackie DeMartino”.

7. A través de todo el extenso arco de su estilo novelístico, Henry James planteó un diálogo entre las certidumbres victorianas y las dudas modernistas, no solo en los temas de sus novelas (por ejemplo, en la tragicómica *Las bostonianas*, de 1886, ambientada en el movimiento sufragis-

ta) sino en un cambio en la forma que, sin convertirlo en un vanguardista, hace de él un escritor experimental que refundó la relación entre lenguaje literario y experiencia de lectura, desautorizando el punto de vista del despótico narrador omnisciente, y brindando a la novela anglosajona de arquitectura formal a la vez que de profundidad y matización psicológicas. Y así fue como reclamó el derecho a la incertidumbre para el crepuscular realismo decimonónico, al igual que, según Paul Ricoeur, Marx, Nietzsche y Freud, “los maestros de la sospecha”, lo estaban haciendo en el campo de la sociología, la filosofía y la psicología en el siglo XIX al dinamitar la percepción de la realidad y proponer una forma novedosa de entender el mundo que llega hasta nuestros días. —

ANA LLURBA (Córdoba, Argentina, 1980) es escritora y editora. En 2015 publicó el poemario *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* (Isla de Siltolá).

LITERATURA

El oso y el ogro



MANUEL ALBERCA

l año 2016 viene repleto de efemérides literarias. A la ya anunciada, con mucho bombo, del cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, se suman las de

Valle-Inclán, García Lorca y otras más que seguramente desconozco, como desconocía la que conmemora el libro que motiva esta “letrilla”. Hace cien años, en 1916, Camilo José Cela nació en la parroquia de Iria Flavia, provincia de La Coruña, es decir que este año celebramos el centenario de su nacimiento. También en 1956 (una efemérides más, pero menos redonda), Pío Baroja se moría en Madrid.

Algunos desprecian estas celebraciones por forzadas y gratuitas y las consideran remedos laicos del santoral religioso. Tal vez lleven razón... Sin embargo, creo que es preferible sumarse a la liturgia que con esta excusa difunde la figura y la obra de los escritores que ya nos dejaron, e invita a que los volvamos a leer. Algunos

autores (pocos) no necesitan de estas memoraciones, pero la mayoría, pasados los primeros años de su muerte, no sobreviven en la memoria de los lectores. No es el caso de Baroja, porque su obra, a pesar de los sesenta años transcurridos de su desaparición, vive por sí misma y sin necesidad de eventos.

El libro en cuestión es *Recuerdo de don Pío Baroja* (Madrid, Fórcola, 2015), de Camilo José Cela, y recopila una decena de textos, editados con pulcritud filológica por Francisco Fuster. Son artículos de prensa, alguna carta abierta, una conferencia y hasta una necrológica de Baroja, que en su conjunto homenajean y nos ayudan a recordar a dos de los más grandes novelistas españoles del pasado siglo. Se trata por tanto de un homenaje doble, pero su interés no se agota ahí. Muestra la relación entre un discípulo, Cela, y su maestro, Baroja, uno de los pocos a los que el gallego rindió una admiración constante, incondicional y oportunista, durante quince años. La amistad comenzó en 1941 con la petición de un prólogo para *La familia de Pascual Duarte*, un honor que Baroja declinó: “¡Usted quiere

que nos lleven a los dos a la cárcel!” Y terminó, por así decirlo, cuando, en la muerte de don Pío, Cela forcejeó por ser uno de los cuatro elegidos que portasen el féretro. Protagonismo al que, vista la competencia entre los aspirantes a portadores funerarios, Hemingway habría renunciado con un oportuno: “Es demasiado honor para mí. Sus amigos..., sus amigos de siempre.”

La personalidad y la obra de Baroja, que ya en 1912 Ortega y Gasset consideró íntimamente relacionadas, han despertado el interés de los biógrafos. A la larga lista de estos —entre otros, Miguel Pérez Ferrero, Sánchez Granjel, Eduardo Mendoza, Eduardo Gil Bera, Miguel Sánchez-Ostiz y José-Carlos Mainer, autor de la biografía más reciente—, se hubiera podido agregar Camilo J. Cela. Al parecer, según cuenta Julio Caro Baroja en *Los Baroja*, Cela comenzó a escribir una biografía de don Pío al año siguiente de su muerte, pero nunca la acabó. Por los breves bocetos biográficos que aquí podemos leer, comprendemos que fue una pena, pues estos textos revelan que había captado algunas de las contradicciones entre la intimidad de la persona y la coraza del personaje, que el mismo Baroja y, sobre todo, el público habían inventado.

Aunque breves, y a veces reiterativos, estos bocetos biográficos, semblanzas y homenajes dan una imagen de Baroja que, sin incurrir en la hagiografía, demuestran una empatía, una cercanía, que no encontramos por lo general en las biografías arriba citadas. Pérez Ferrero fue su cronista, le frecuentó en Madrid y París, pero no se permitió la menor licencia con el biografiado. Sánchez Granjel aún en el retrato de su biografiado admiración, agudeza lectora y documentación. Gil Bera escribe como si contestase alguna ofensa de la familia y se vengase en la cabeza del jefe del clan. A Mendoza le delata cierta debilidad por el personaje caricaturizado y detentador de un socarrón humor de carrabias. Mainer se atiende al espíritu de la obra y a la interpretación autobiográfica para llegar con rigor y conocimiento al escritor que se sirvió de estrategias y máscaras para camuflar y revelar su verdad.

Por su parte, Cela admiraba también a Baroja, al que consideraba “el último gran novelista español”. Pidió en 1946 el premio Nobel para don Pío, y defendió su obra como pocos en los años cuarenta y cincuenta. Los postulados de Cela estaban próximos al sector intelectual de la Falange, que veían en el impío don Pío un escritor de mérito,